

## APÉNDICE

Los siguientes extractos de historias de vida forman parte del trabajo de tesis Doctoral que actualmente desarrolla Joselin Barja dentro del Programa de Posgrado de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma Metropolitana – Iztapalapa. Se reproducen únicamente las secciones que son parte del corpus del artículo que Barja y Pflieger presentan con el título “*Ya cuando empezamos a entrar a México ya vemos las cosas diferente. La reterritorialización de la frontera norte*”. Los nombres de los informantes han sido cambiados por razones de confidencialidad.

**ENTREVISTA 1:** José – 32 años - Honduras

**LUGAR DE LA ENTREVISTA:** Tierra Blanca, Veracruz.

**FECHA:** 12 de enero de 2014.

**E:** Entrevistadora

**I:** Informante

**[...]:** Información no relevante para el análisis que se presenta en el artículo.

E: Entonces, bueno, al principio yo no le voy a hacer muchas preguntas porque más bien lo que me gustaría es que usted me pueda contar la historia de su vida, obviamente lo que usted me quiera contar, yo sé que soy una desconocida...

I: Hay tanto, hay tanto que...

E: Un poco lo que quiera ir contando desde lo más antiguo que recuerde...

I: ¿Cómo de qué?

E: Pues no se si desde que era niño, como recuerda que era su vida y entonces haga de cuenta que fuera un libro hasta el día de hoy...

I: Pues, para empezar, tuve una niñez bien extraña, traumante porque la madre que me engendró me botó a los ocho días de nacido y me encontraron bien enfermo. Y gracias a Dios, la gente que me encontró, me hospitalizó, me dieron su apellido. Cuando me dijeron eso yo estaba chiquito y agarré un gran odio para la persona que me tiró y para muchos que eran adoptados. Eso duró como hasta los 19 años cuando me dijeron quien era la mujer que era mi madre. Yo la veía y me iba al monte con mucho coraje hasta que ella se fuera. Mi pasión siempre fue el futbol [...] Era tanto que saliendo de la escuela yo me quedaba en el campo, olvidaba que tenía que ir por unos becerritos de mi familia. Mi mamá era pesadísima y como yo olvidaba que tenía que ir, me colgaba de una viga, me daba duro. A mis hermanastras también les tocaba por entrar a defenderme [...]. En los cumpleaños también era muy feo, todos recibían un regalo, yo no.

E: ¿Era diferente?

Si, era feo porque era un niño pues. Cuando Venían las clases usted sabe como se prepara la gente con su mochila y todo. Yo no, si un cuaderno no lo acababa el año anterior, con ese cuaderno y lápiz seguía, el pedacito que quedaba yo lo tenía que guardar y llevarlo en una bolsa de pan, ¿me entiende? Y así crecí [...].

Ya después, como a los 19 años empecé a cambiar un poco, aparecieron dos hermanos míos que no conocía, de hecho se parecían mucho a mí, todo el mundo decía... pero... uno se llamaba Francisco, le decían Pancho, me regañaba, era mayor que yo, tenía sus oficios y todo, uno me daba dinero, yo se lo regresaba a él, el manejaba mucho dinero, yo estaba chavalito, me parecía a él. [...] Un día llegaron a avisarnos que lo habían matado. Él antes era pandillero, se había enamorado de una chava y ella era cristiana. Él con los suegros, para no enseñar sus *tattoos*, se vestía largo, iba todo tapado a la iglesia con ella y eso no les pareció a los de la banda y le pegaron como cuatro tiros con una escopeta. A mi carnalito, estaba bien chavito, cayó así en la puerta, todo bañado de sangre. Mi otro hermano estaba en la costa,

donde yo soy, allá no hay pandilleros, nada de eso porque es playa. A mi me recomendaban que no anduviera por ahí porque nos parecíamos mucho. [...].

Y ya después tomé la decisión de venirme, es bien largo pues. Lo mismo que he pasado ahorita, esa vez me vine en el tren, esa vez veníamos seis.

E: ¿En tren? ¿Hace cuanto tiempo?

I: Ahhh, hace nueve años, nueve años. En ese tiempo no había lo que hay ahorita. Estaba lo que era pura Federal, no habían retenes, nos correteaban. Veníamos seis, seis amigos de ahí de mi aldea y dos se quedaron a pagar el coyote aquí en Veracruz y los otros cuatro nos vinimos, seguimos y en un retén que estaba más adelantito, por Pachuca, por ahí, eran demasiadas patrullas y con dos de los muchachos, porque los otros dos se habían desaparecido también, nos subieron a una patrulla y yo igual que esta vez, también me les escapé, esa vez me aventé corriendo el agua, me acuerdo, de esas trocas que anda migración y arriba, estando arriba, como no le ponen esposas a uno ni nada, yo estoy sentado y le hago señas a él que si nos tiramos y me dice que no, ya venían cansados y yo me acuerdo que me tiré y me agarré así y me aventé, frena la camioneta y empiezan a seguirme por todos lados. Seguí, me acuerdo que si corrí como unos... exagerado, por adentro de un canal me fui a dar a un rancho y mas me van a seguir porque si les dio coraje que yo me haya tirado. Entonces me metí a un rancho y ahí había un señor, viejito ya, y me acuerdo que me metí por debajo de unos zacates, pacas creo que le dicen, debajo de unas redilas y me escondí, vino el señor y sacó una escopeta. Yo por una ranura los estaba mirando, y ellos lo amenazaban que traían una orden, que lo iban a acusar porque tenía indocumentados, pero a todo eso, yo estoy en lo oscuro, así adentro, cuando ya se va la patrulla y en esa patrulla iban mis amigos, iban arrestados, y ya estoy mirando porque según yo estaba solo. “Ya muchachos, ya salgan”, dice el señor, pero bien buena gente, ya viejito. “Vengan para que se echen un baño y coman algo, ya mi vieja está preparando algo para que se coman una sopita” y ya vengo saliendo y sacudiéndome y de repente empiezan a salir un montón de indocumentados, y me vengo encontrando a mi amigo...

E: ¿A poco?

Sí, ya tenía días y pues bien alegre, nos dimos un abrazo, usted sabe lo que se siente en una situación así. Y me dijo que así era, que uno cuando viene pa' acá tiene que venir decidido y pues ya nos juntamos ahí, comimos, nos bañamos y todo. Ya me dijo “viejo, aquí hay que empezar a vaciar las mochilas a las cosas menos necesarias porque de aquí pa' arriba”... Y el es en realidad quien conocía todo bien, uno trata de hacer todo, para que todo vaya bien. Ya empecé a sacar varias cosas porque me acuerdo que traía varias cosas todo nuevo [...].

Ya nos fuimos en el tren. Me acuerdo que al llegar al D.F. apareció un retén y a un lado, una pared grandísima, no se podía subir. Al otro lado un gran canal, enorme, grandísimo con todas las aguas negras del D.F. Ellos piensan que así a uno lo van a detener, si uno viene decidido, ellos piensan que lo van a detener y ¡nooo!, entonces así, de un solo, al agua. Al otro lado hay un super mercado y un corredero y un montón de patrullas federales y todo. Me metí a un supermercado ahí y dije “Ayyyy, Rubén”, Rubén se llama mi amigo, “otra vez lo perdí” y pues como pude, me jalaba la gente pero como le digo, si hay gente mala pero hay gente buena y... ahí rapidito me metieron señalando uno de los puestos, entre la ropita estaba yo sorprendido, uno me hizo un peinado, otro me puso una cachucha y me dice una señora, “véngase amigo, ya llamé a un taxi, póngase esto”. En la mera puerta estaban los federales, yo tranquilo los volteé a ver, nos metimos al taxi, nos vamos, me llevó hasta las líneas del tren pero allá al mero D.F., bueno adelante, hay un lugar que se llama “Lechería”, la señora me dio como ochenta pesos, me regaló de lo que tenía un poco, me dio tres refrescos y ya se fue. Me quedé ahí solito pero como era línea recta no habían inmigrantes, el inmigrante siempre busca donde el tren pasa mas despacio porque como a las dos horas pasó y yo lo miré pasar así, pasó como una bala y entonces me quedé y me fui para... había mucho monte, y con lo que la señora me dio, yo andaba como trecientos pesos, entonces me fui a una tienda porque mi cuñado es el que siempre se encarga de mis movimientos cuando ando yo acá, entonces le dije “¡Ey! Tengo un problemita, necesito dinero, no se aquí como está ¿verdad?” Entonces hablé con el señor de la tienda y ya el señor me fue a sacar dinero, entonces mandaron como mil quinientos pesos mexicanos y le dije yo, le compré un refresco y me dice, “No, no, no, es más toma”, y me da cincuenta

pesos, y dice, “no chamaco, toma esto y suerte en el camino, ten cuidado”. No había caminado ni media cuadra cuando ya me había alcanzado una patrulla...

E: Nooo, ¿cómo?

I: De la policía. “Súbete”, insultándome y todo y ya empiezan a decirme “¿sabes qué? Aquí ya estuvo y sabes de que se trata, saca todo”, con puro insulto ¿verdad?, y ya sacó yo el billete, no me quería ir a Honduras, ya estaba yo bien adentro. Y ya me dicen, “Ves chamaco, así hablando se entiende, yo se que traen dinero ustedes, lo que pasa es que todo el tiempo ustedes se la quieren tirar, si nosotros ya lo sabemos”. No, pues me sacó todo el dinerito y ya me dejaron en la línea. Mire esa vez estaba haciendo un frío exagerado ahí, agarraba una capa de hielo la línea y luego en la madrugada me acuerdo que me metí un par de calcetines que encontré en un alambrado y con unos pantalones que encontré. Me acuerdo que eran como las seis de la mañana y pasó un Volkswagen color rojo, y me está pitando y me despierto. Tanto era el cansancio que yo, en la noche que me dormí ni me escondí, y tanta era la suerte que ni me pasó nada. O sea que me quedé ahí en la orilla sentado, y me quedé dormido toda la noche, no me dio tiempo de esconder para protegerme y ahí amanecí. Cuando veo están pitando, me acuerdo un señor de esos colochos ahí, ya me empieza y... me ofrece trabajo: “¿Quieres trabajar? ¿De dónde eres? Le digo, “de Honduras”, y ya me dice, “Súbete pues, ahorita le hablo a mi vieja para que te prepare algo, una mudada, una ropa y un buen caldito” me dice, “si quieres trabajar hoy vas a descansar, si quieres mañana empezamos pa’ que chambees”. Ya venimos platicando y le dije, “nooo, pues me paso todo esto, todo esto me ha pasado, yo tengo mi familia”. Para que el señor tuviera confianza empecé a mostrarle mis números, mi identificación y pues en el camino yo ya iba arrepentido al mismo tiempo porque dije, “¿cómo puede ser si aquí hay mas gente? ¿cómo puede ser que yo tenga semejante suerte de que alguien me encuentre y me ofrezca trabajo? Y dije “¡Ay, Dios mío! Y agarraba la palanquita para aventarme del carro porque dije “Aquí hay demasiada suerte, pues”, y... “¿Cómo va a ser que me van a dar trabajo y todo eso? ¡Esto es que me van a matar!” y pues ya, llegamos a la casa de él y pasamos por un edificio de cuatro pisos porque el estaba trabajando para un político del D.F. y entonces ya me alejé cuando vi que salieron unos chamacos... los chamacos ya sabían que yo iba para la casa, que el llevaba un inmigrante pues. Y pues ellos aquí del D.F. con el acento un poco diferente y ya me tenían todo preparado, todo me prepararon, me consiguieron una tarjeta y todo, mi hermana llorando y agradeciéndole a ellos por lo que estaban haciendo por mi y ya ellos se dieron cuenta de que yo era una persona buena pues, luego, luego se dieron cuenta y le dijeron “no se preocupe señora, el chamaco se porta bien”. Estuve yo cuatro meses ahí, para hacérsela más corta [...]

Ya cuando tenía como cinco meses yo, me acuerdo un día que andaba en el parque con los niños y yo la verdad, yo ya me había olvidado del sueño americano. Estaba trabajando bien, me pagaban bien, me regaló un celular, mis parientes de Estados Unidos me enviaban mis cien dólares. Pero un día me van a buscar al parque y estaba con los hijos del patrón, cuando me llegan a avisar que mis parientes de allá ya me habían mandado a traer para seguir pa’ allá. Me dijeron que había una troca roja que me esperaba. Yo recuerdo que en el camino los niños me llevaban abrazado, llorando me detenían: ‘¡no, pinche Carlos!, ¡no te vayas!, ¡no nos dejes!’ Y yo lo que más pensaba era cuando llegara a la casa, mis ojos no aguantaban y con el nudo en la garganta. Ya al llegar me dijeron, ‘el muchacho que está en la troca viene por ti, están pagando para que venga por ti’. El muchacho me dijo, ‘¡anda!, te doy un tiempito para que te echas un baño y comas algo’. Tal vez si me hubieran dejado un tiempito yo lo hubiera pensado y no me hubiera ido, pero como me agarraron así de un solo, yo ya ni quería voltear a ver a nadie, bien agüitado, pensando ¡cómo me despido! [...] Y ya cuando salí, me llamaron el señor y la señora, llorando ahí, me dijeron, “Tu sabes que te has portado bien como pocos lo han hecho y lo hacen, porque a mí ya me han jodido antes, me han robado toda mi herramienta, pero tu, mis respetos para tí”, me dice, y le digo “no pues mi respeto para ustedes que se merecen todos mis respetos, todos los respetos del mundo por lo que hicieron por mí”. Sólo recuerdo que me dijo, “lo único que te encargo, no te pido dinero ni para mi ni para mis hijos, lo único que te pido, ve a esos niños como están ahí en el sofá, te ganaste a mis hijos y eso es lo más bello que me has regalado”, me dice, “solo te pido que cuando llegues nos echas una llamadita y hables con ellos, no te olvides de nosotros” [...] Ellos me dijeron que me había ganado su confianza y que era como un hijo mayor para ellos [...].

Me fui pa' Querétaro, supuestamente era de confianza el coyote porque uno de mis primos había pasado por ahí pero para ellos no hay, no hay gente de confianza, pero para ellos una cosa es diferente, que yo sea su cliente, para ellos da igual, a ellos no les importa, al coyote no le importa si te quieres pasar, ellos son de sangre fría, ellos están mezclados con otra cosa, entonces pues mis primos y mi hermano “no pues que vete ahí”, y llego ahí y ya me tienen sin comer ni nada, el coyote solo vino, cobró el dinero, y me mandó a tirar a la autopista que va del D.F. pa' Monterrey, y que gran suerte he tenido a veces que estando ahí venía un tráiler que jala naranja a Monterrey y me subo ahí y me dice, “mira chamaco, vamos a hacer una cosa, tu te duermes, te haces el dormido en el camarote, yo voy a decir que tu eres mi copiloto, tu eres mi ayudante y yo manejo”. Pues sí, los retenes, pues ya para el último retén que había, sí, nos fregaron, bueno al chofer, yo no llevaba dinero, el chofer pagó, el del tráiler, o sea que por darme el *ride* le fue peor, pero si el hubiera sido mala gente ahí nada más me hubiera dejado botado...No, el pagó como dos mil quinientos pesos mexicanos a la migra y me volvió a subir, me compró ahí unos tacos y me llevó hasta Monterrey [...]

Ya ahí por un rancho, por una zacatera, veo que viene un viejito, el viejito viene y “que pasó chamaco”[...] trabajé como una semana ahí pero me entraron las ansias, ahora si porque estaba ya cerquita del Norte [...]. “Mira chamaco”, me dijo el hijo, “tu quieres irte no hay problema, yo te llevo al río, te explico ahí como está, yo te llevo, pero si tu quieres trabajo, aquí tienes trabajo para toda la vida, puedes chambear con nosotros”. “La verdad”, le digo yo, “yo me quiero ir para el otro lado, ahí está mi familia”. “Ok, ¿cuándo quieres?”, le digo, “mañana”, “ok” dice, “voy a ir a comprar unas bolsas porque el río, tienes que pasar desnudo, tu ropa en una bolsa porque ahí los rancheros han tirado alambres, los rancheros del otro lado, ellos han tirado rollos de un alambre que usan los militares, lo han tirado para que la gente se ahogue por eso, por eso los coyotes le exigen a uno que se quite la ropa”. Mire bien, que bonito lo que viene, en la mañana que me va a dejar, el me va a dejar ahí y me explica, “te vas a aventar ahí”, entonces llego yo y le voy buscando y no se cómo me voy encontrando a una mujer y era Irma, la que estaba allá, estaba llorando porque no podía nadar, simplemente le habían dado un *ride* y le explicaron “aquí tírate”, bien alegre, viene, me abraza y le digo: “mira, no te agüites, ahorita como la corriente va así, tu te tienes que ir más arriba para salir así [...].

Esa vez estaban dando un permiso del otro lado, no se si usted recuerda.

E: ¿Eso en que año fue? ¿Recuerdas?

I: Eso fue como hace como unos nueve, ocho años por ahí.

E: ¿Qué sería? ¿2005?, ¿2004?

I: Por ahí, sí.

E: ¿Y el permiso en que consistía?

I: Sólo había que cruzar el río y esperar a la patrulla ahí. Pues primero nos agarró, quisimos hacer así como de correr para que nos agarraran porque sabíamos que estaban los permisos y ellos sabían que nosotros queríamos los permisos [...].

Ya después nos agarraron y que nos ponen en el suelo [...], y ya después nos dice el de migración que por que nos dejamos, y le decimos, “no, es que ya hemos pasado muchas cosas, ya lo que queremos es que nos deporte migración”, puras mentiras porque ya sabíamos nosotros, llegamos allá a la oficina, y que nos meten a unas que nosotros los inmigrantes les decimos “hieleras”, unos cuartos bien fríos, puro castigo de ellos, nos tienen ahí bien frío y pues ya me llaman a mi en unas cabinitas por unos vidrios y empiezan, y vengo yo y le tiro mi historia. “Ok, me dice, sabes que aquí dependiendo de lo que me digas, de que me convenzan a mi te puedo dar un permiso para Estados Unidos” [...]. Ya después nos llevaron afuera, yo pensé que iba a ser rápido y ¡no!, nos aventaron un mes en la prisión [...].

Haciendo referencia a este nuevo intento, el informante señala:

Yo sé y estoy consciente, y si vengo echándole ganas yo se mis razones. Si no fuera por las razones que tengo en mi mente, por lo que he pasado, estuviera bien. ¿Usted cree que estaría aguantando fríos y la noche en el parque o en una estatua? Yo sabía donde estaban los maleantes, luego, luego uno se da cuenta [...]. Son maras, traen todos el mismo tatuaje en el cuello, andan por ahí caminando en el parque de Palenque, traen hasta una lista para anotar quien sube. Le preguntan a los coyotes y ya. Este les paga, tienen a niños que te van a cobrar primero y si no, ya vienen ellos armados y te amenazan. Ya después del DF, ¡a saber cuánto hay que pagar! Ahí ya no son los maras, de ahí para arriba se hace cargo "la compañía" como parece que le dicen a los Zetas y esos si te matan, te secuestran. [...] Como le digo, solo uno sabe sus razones, a mi por ejemplo no me gusta Estados Unidos, en los Ángeles por ejemplo es muy cara la renta [...], el trabajo es muy duro y luego el estilo de vida sólo es, trabajar y trabajar, no es como en una cosa bonita, una aldeíta donde todo mundo lo conoce, ahí solo es estarse matando. A nadie le gusta Estados Unidos en esa forma.

E: Bueno, pues ahora a seguir, ¿no?

I: Sí, a seguir. Esa es decisión de cada quien.

**ENTREVISTA 2:** Gabriel – 19 años - Guatemala

**LUGAR DE LA ENTREVISTA:** Saltillo, Coahuila

**FECHA:** 2 de Abril de 2014.

**E:** Entrevistadora

**I:** Informante

**[...]:** Información no relevante para el análisis que se presenta en el artículo.

E: Ya quedó (haciendo referencia a la grabadora). Bueno, yo tengo acá como algunos temas que te iría preguntando al final pero ahorita la idea es que yo no te interrumpa y tu me vayas contando.

I: (risas). Bueno, que le digo, vengo de Guatemala, soy de una familia pobre. Lo que recuerdo es que, cuando tenía seis años, mi papá trabajaba cortando madera. Tenía un trato con otro señor que le debía mucho dinero. Un día salió a recoger ese dinero y desde entonces ya no supimos nada de él. Si lo mataron o se fue para otro lugar, mi familia nunca lo supo. Él nunca dijo que tenía planes de irse ni nada. Lo buscaron en las cárceles, hospitales y nada, no lo encontraron. Después como de dos meses, mi mamá decidió ir a vivir con mi abuela. Nos fuimos, ella se enamoró de un joven, se fue con él y nos dejó con mi abuela. Y un señor que trabajaba en la construcción de carreteras, era una carretera que iban a hacer de ahí de Petén hacia Belice, ese señor era de la misa aldea donde yo vivía, entonces a mi no me gustaba estar ahí, entonces yo, casualmente, había que acarrear agua como a quince o veinte minutos de donde vivíamos a la casa, era bien difícil acarrearla para todos, entonces en lo que nosotros estábamos acarreando el agua yo lo ví a él, entonces el me saludó y me dijo que el me conocía, ¿verdad? Y me empezó a preguntar y me dijo, que si yo era hijo de su amigo Filiberto, como se llamaba mi papá y yo le digo "sí", le dije todo contento "hágame un favor, llévele una carta" porque ya estaba yo en segundo de primaria y podía escribir y leer bien, entonces le trajeron la carta a la familia de mi papá y entonces me dijo el que estaba bien y rápido escribí una pluma y un papel y les dije que yo no quería estar ahí y que quería venirme para acá con ellos porque yo quería seguir estudiando y que no me gustaba ahí, entonces como a los diez días, mi tío me llevó a traer a mi y a mi hermano [...].

Ya de ahí entramos a estudiar, a mi me iba bien en la escuela, todos estaban contentos y todo pero mi hermano era rebelde, bastante rebelde, no le hacía caso a mi abuela, siempre llegaba a las diez, once de la noche y apenas tenía como diez años, entonces mi abuela lo que hizo fue avisarle a mi mamá y que, que podía hacer. Entonces, mi mamá llegó por el y me quedé solo yo en la casa [...].

Pasan los años, yo saqué sexto de primaria. Ya después mi tía se fue a vivir a un municipio que se llama Morales, se fue para allá, allá tenía un negocio ella y entonces mi sueño era ir para allá y estudiar en un colegio, todo lo que era la secundaria, entonces yo le dije a mi tía pero como mi tía ya sabía, me tenía mucho aprecio a mi y sabía que si rendía bastante en el estudio me dijo de que estaba bien y me llevó,

me puso a estudiar en un colegio. Yo estudié ahí tres años, ya cuando iba a sacar segundo grado del básico, ella se vino para acá a Estados Unidos, ya yo me quedé trabajando con un señor y vivía sólo como en un apartamento. Después de eso mi familia ya no quería que viviera sólo porque les daba miedo pero yo quería independizarme así ¿verdad? [...]

Después de eso decidí viajar a la capital, ahí había un amigo mío. Llegué a la capital con el.

E: ¿Sólo?

I: Ajá, llegué a la capital con el y me estaba consiguiendo un trabajo en McDonalds y fue muy duro porque yo estuve como ocho días en la capital y era un cuarto donde yo me quedaba sólo todo el día y ahí encerrado prácticamente, no podía salir ni nada, ya esperando que me hicieran una entrevista para poder aplicar al trabajo y no, no, el señor que estaba de turno, el señor que era el gerente, era así como muy exigente y muy enojado. Entonces, el como que nada más pasaba a las personas que le caían bien o algo así ¿verdad?. Mi amigo le pregunto que, qué había pasado con mi papelería y el dijo de que ya había mandado muchos y si había posibilidades mandaba la mía pronto pero ya mi amigo le platicó y lo convenció y le dijo que sí, que estaba bien, que la mandara. Hasta como a los diez días me llamaron a mí, entonces ya me dijeron que me presentara a trabajar, que iba a hacer ocho días en el restaurante. Fuí, empecé a trabajar, me pusieron a hacer limpieza en todo el restaurante. Los chavos que estaban ahí eran bien buena onda y me decían “mirá, aprendé lo del automac, aquí es fácil, a tomar ordenes, la caja, cobrar o a correr la comida, a servir la comida a los clientes, y ya después un día, el chavo que estaba en bebidas no llegó ese día porque se enfermó y ya me pusieron a mí. Y ya me decían que me pusiera las pilas, que rápido, que limpio, para que vieran que sí y yo empecé así y el gerente me dejó ahí [...]. El turno que a mi me dieron era pesado.

E: ¿De que hora a que hora trabajabas?

I: De nueve de la mañana a nueve de la noche, entonces fue la primera vez que me asaltaron, me recuerdo que estaba yo parado, cuando de repente vi dos chavos que venían de lo oscuro, yo sólo me quedé ahí, cuando yo sentí, me pusieron el brazo en esto de aquí y yo pensé a voltear a ver al chavo pero en eso me hace así, y yo sentí fuerte, y yo sólo me quedé viendo nada más y traía una bolsa que siempre cargaba con mi visera, mi nombre, siempre cargaba también mi dinero ahí y todo. Ese día andaba cargando como ciento cincuenta quetzales y me lo quitaron [...] Después me volvieron a asaltar pero esa vez si me pusieron un cuchillo, esa vez si me asusté mucho porque yo le dije al chavo que yo no tenía dinero, entonces como que me presionaba más con el cuchillo, entonces yo le di veinte quetzales que siempre mi amigo me decía que no anduviera cargando más de ese dinero, yo cargaba como diez quetzales de ir y venir, entonces andaba cargando veinte quetzales y le digo “lo único que cargo es eso” y ya así como enojado me dice “¡bueno está bien!, ¡danos aunque sea eso!” y se fueron corriendo [...].

El año que pasó, fue que ya esperaba yo mis papeles (de la escuela) y no conseguía trabajo y me empezaba ya a desesperar. Cabal, recuerdo un día que salí con mi prima, fuimos así a caminar y me encontré a una amiga, ella estaba desesperada tenía problemas en su casa. Me dice, 'mira que he buscado trabajo pero muy poco pagan. ¡Vámonos a los Estados Unidos!', yo le digo entonces, '¡pero nunca he tenido planes de ir para allá!', y ella me dice, 'pero yo sé que tienes una tía allá, cuéntale. Yo tengo un amigo, me va a conseguir el número de un coyote, nos va a cobrar poco, nos va a hacer un favor y yo le digo que vas también'. Entonces yo le platicué a una prima a ver que opinaba y me dice, 'sería bueno que te vayas a otro país, vas a cambiar y a ganar más dinero' y ya, como que esa idea fue creciendo y creciendo [...]. Hasta que un día, fui a la casa de una amiga de mi tía que está aquí en Estados Unidos y le digo a ella que tenía planes de irme y me dice “yo le presto el dinero para que se vaya” y así como que me dio más ánimo, y le digo “¿de verdad?”, “sí”, me dice [...]. Fuimos al banco, pero como ella había pedido un préstamo para el cuñado y el señor se atrasó en tres meses, entonces le dijo el gerente del banco que le daba el préstamo pero tenía que pagar los meses atrasados y ocho mil quetzales más que el señor todavía debía. Entonces, como que se iba a reducir el dinero, iban a quedar nada más como seis mil quetzales y me dice el señor que me podía dar un préstamo a mí de cinco mil quetzales, “usted se queda responsable”, pero le digo, “con cinco mil quetzales no, realmente para endeudarme con eso mejor no, es poco dinero”.

Ya después me dice mi amiga, “fíjese que mi hermano va a viajar a Estados Unidos y dice que consiga dos mil quetzales y se va con él, pero le digo yo “¿Cómo?” y ya me empieza a explicar, “es que mi hermano se va en el tren y así, y asá...” y me empezó a llenar la cabeza de ideas con el dinero, que yo no quedaría endeudado en Guatemala y todo, y ya le cuento yo a mi amiga y me dice, “¡No!, ¡no!, ¡así no!, mira que hay muchos peligros en el camino, los asaltan en el tren, les pasan cosas. ¡No te vayas!, ¡vas a sufrir mucho! Te pueden matar, te pueden secuestrar’. Pero yo ya lo tenía metido en la cabeza. Contacté el muchacho y ya junté algo de dinero y me dio una fecha. Yo ya sentía una enorme ansiedad de venirme, no quería estar ya en la casa, me bañé y eché solo lo necesario. Al llegar a su casa, el que nos iba a llevar estaba borracho. Nos dio una nueva fecha para viajar, ¡tres meses después! Entonces yo así, ¡como que vi la muerte!, entonces otro muchacho que iba a viajar y era hermano de mi amiga dijo, ‘yo más o menos conozco, ¿nos vamos?’. Cuando él dijo eso yo como que vi otra oportunidad. Y yo le digo a ella, ‘pero imagínate que es bastante riesgo ir contigo’ y ella dice, ‘pero no importa, con tal de llegar a los Estados Unidos yo paso lo que sea’. ‘¿Segura?’, le digo yo, ‘sí, segura’ [...].

Un día ya con el dinero, empezamos a hablar y a hablar y yo le digo a mi amiga, “¿Nos vamos?, “sí”, “¿segura?” le digo yo, “sí”, me dice, ya eran como las dos de la tarde. Y ya le digo, “bueno, ¿se van o se regresan a la casa? Porque yo regresar a la casa ya no quiero, “vámonos” dicen, y venía un busito y nos subimos al bus hasta agarrar la frontera de Guatemala con México y nos subimos al bus y yo súper nervioso y a la vez contento de que realmente ya venía para acá. Cuando ya habíamos viajado una hora en el bus, cuando yo salí mi familia no se había dado cuenta de que yo había salido de casa, mi tía si, me vio, me dijo que si yo tenía el dinero, le dije que si, que tenía dinero pero no era suficiente, entonces ella me dijo que tenía un dinero que le debía una chava y que yo pasara donde la chava y ella me diera un dinero a mi, el dinero que le debía a ella. Ya pasé y la chava me dio el dinero, llamé a mi tía y ya después de eso, yo le llamé a mi tía del teléfono de esa chava para que viniera conmigo para acá, le dije que la chava ya me había dado el dinero y así pasó. Como a las dos horas mi tía me llamó al teléfono de la chava y me dijo, “regrésate, regrésate, regrésate” y yo le digo, que ya había hablado con mi tío que había venido a México hasta Lechería, y mi tío me dijo “¿Qué vas a hacer?” y yo le digo, “tío, ¿si me guías por el camino?” y ya el me dice, “bueno, si tu quieres y te arriesgas, yo con mucho gusto lo hago pero por mí que no te vayas”, entonces mi tío le contó a mi tía y ella se enteró de todo y me dice, “regrésate, regrésate, regrésate” y empezó así como a llorar y yo le digo, “no y no”, yo ya estaba en la oficina para tomar el bus y corté la llamada y le digo a mi amiga, “apaga el celular” y ella lo apagó y nos subimos al bus. Pagamos el boleto hasta la frontera, casi hasta llegar a la frontera con México [...].

En la frontera vimos un grupo de chavos que venía en el mismo bus, y yo le digo a mi amiga, “¿les vas a hablar tu?”, “no”, me dice, “me da pena”. Entonces yo le digo, “bueno, vamos” y yo veía que ellos hablaban “no, que por ahí no, como que platicaban y entonces le digo a ella, “bueno, si tu no les vas a hablar, yo si voy a ir” y agarré mi maleta, y les digo, “¿Qué onda chavos?” y me dicen, “¿Qué onda?” y como que se me quedaron viendo y les digo yo, “¿ustedes van a Estados Unidos?” y empiezan a verse unos a otros y les da risa y me dicen “¿por qué?” y les digo, “no, por nada, es que nosotros vamos para allá también pero estamos aquí un poco perdidos”, y nos dicen, “y, ¿con quienes van?”, “solos”, y ellos, “¿Conocen?”, “No”, les digo, “no conocemos” y me empezaron a decir “es peligroso” más con la chava a la que llevas” y yo, “pues si, pero eso ya lo hemos hablado y ella se atrevió a venir” y ya le digo yo a ella “ya véngase” y empezamos a platicar y eso [...].

Y empezamos, y nos dice Robin, “¿Qué? ¿si se van a ir?” y le decimos, “sí” y empezamos así y tomamos el bus y nos fuimos. “En el nombre de Dios” dije yo, y nos subimos al bus y cuando llegamos habíamos avanzado como media hora cuando nos para la policía de Guatemala y aquél montón de Hondureños y Salvadoreños, pero como yo le digo que soy bien atrevido, nos para la policía, nos dice el señor del bus, “bueno, yo no respondo, se arreglan ustedes con el señor policía”, y yo no traía ninguna identificación porque no saqué nada de la casa, yo dejé todo en la casa, algunos me decían que trajera documentos y otros que no, entonces yo tomé la decisión de no traer [...]. Me dice el policía, “¡Ey! ¡tú!, ¿de dónde eres?”, le digo yo, “De aquí de Guatemala”, “¡Tú no eres de Guatemala! ¡Tu eres hondureño!”, me dice, “Yo no soy hondureño”, “Tu eres migrante y a nosotros nos tienes que dar dinero para dejarte pasar”, y le digo yo, “oiga usted, yo no tengo porque darle dinero, yo estoy en Guatemala y soy guatemalteco” y me dice, “sí, pero sós migrante y por lo tanto tienes que darnos dinero”. Le digo,

“no, yo estoy en mi país y usted no me va a quitar dinero”, y él, como que todo enojado. Y ya a ellos les empezaron a pedir dinero. [...]

Ya en México empezamos a averiguar a que hora pasaba el tren, y le digo yo a Robin, “Robin, ¿Cómo le hago?” y ya me dice, “cuando veas el tren, el tren va a venir rápido, cuando veas las escaleras sales corriendo y te tienes que subir al tren. Y le digo, “¡ay! Pero ¿si no me subo?”, “pues ahí si yo no puedo hacer nada” y yo pensaba “ojalá que me suba y no me quede tirado aquí porque de aquí a que pasa otro tren, ¿dónde los voy a ver otra vez?” [...]. Estábamos durmiendo en aquél frío terrible, cuando empieza a pitar el tren “piii, piii”, y yo estaba así dormido, y ellos “el tren” y yo, “pum, pum, pum”, mi corazón y empecé a temblar y las manos me sudaban y yo las sentía húmedas y decía, “¿y si no me puedo agarrar?” y en eso salen corriendo todos y yo decía “¡Dios mío!, ¡Dios mío, me tengo que subir!” y cabal cuando vi, ellos salieron corriendo primero y se iban subiendo al tren, y cuando yo vi a la mayoría y yo me había quedado al último, se me pasó una góndola y no me pude subir en esa y salgo corriendo y me logré subir en una escalera. Cuando subí la escalera y sentí que iba como así más tranquilo [...].

Yo pensé que ya había avanzado mucho, y me dice Robín “¡Uy!, ¡todavía falta mucho chaparro! Aquí tenemos que tomar como unos cinco o seis trenes más” y son como unos cinco o seis días, y yo, “¿Tanto tiempo Robín?”, “sí, es que el camino es bien largo y aquí hay que echarle pa’ adelante”. Este va pa’ Huehuetoca [...]

Llegamos a la Cementera [...] Empezamos a caminar, como a las nueve de la mañana llegamos a Tula, en el transcurso que íbamos ahí me encontré una chamarra, la chamarra bien buena, bien calentita. Como que estaba algo húmeda por la neblina pero yo me la llevé así, y llegamos a Tula y encontramos a un señor y nos empezó a contar del tren y de que migración cayó cerca de un puente y que los agarraron a todos [...] Como estaba yo cansado puse mi maleta para descansar, tal vez tenía como quince minutos con los ojos cerrados, me estaba quedando dormido cuando empieza aquél escándalo, que migración, “¡Santísimo Dios!”, “¡Migración! ¡Todos al monte!” y yo me levanto asustado y salgo corriendo y había dejado la maleta y empiezo a correr pero no avancé mucho porque habían muchos nopales y las espinas, como el zapato mío era demasiado frágil, se metieron las espinas [...] Migración si llegó y en lo que otros estaban ahí, nosotros logramos escapar [...].

En el transcurso que agarramos el tren de Tula para acá (refiriéndose a Saltillo), veníamos acomodados y me dicen, “Quédate en medio chaparro, para que no nos de el frío”, “bueno, esta bien”, digo yo, y nos acostamos. Como a la una y media o dos de la mañana, el tren se queda varado y empiezan aquéllos, “¿qué pasa?” y digo yo, “siempre se pasa en la madrugada, no pasa nada” y cuando veo llega Wilfred y dice “chaparro, chaparro, levántate, levántate, yo creo que migración está allá adelante”, “no puede ser” le digo, y yo iba alerta y veo así un montón de focos alumbrando pa’ arriba y pa’ abajo y como que venía alguien y todo. Esa fue la pesadilla más horrible y les digo “¿qué pasó?, ¿qué pasó?” me dicen, “no sabemos pero hay que esperar”, y nos dicen, “¡Bueno putos, hijos de su puta madre! ¡todos abajo!” y nosotros así, cuando llega uno y nos alumbró y nosotros “no, pero jefe, nosotros aquí venimos calmados”, “no, no, no, ¡nada de eso!”.

E: ¿Era migración?

I: No, eran los garroteros, “¡Nada de eso” y ya nos bajamos y dice Robin, “esto no me huele nada bueno, si no es migración que está ahí son secuestradores. Si ustedes o nosotros vemos camionetas, nos corremos pal monte”. “¡Ustedes! ¿qué hacen ahí? ¡Caminen por aquí!” nos dijeron y nos alumbraron con la linterna y entonces como que Robin se queda parado con Wilfrid y dicen “¡que ustedes no entienden que caminen!” y nosotros “¡No jefe! Aquí nos vamos a quedar”, y disparan y yo como que así... Y Robin dice, “caminemos” y había una vuelta, vimos dos camionetas y que estaban subiendo a unos chavos ahí y dice Robín “¡al monte a correr!” y en medio de la oscuridad salimos corriendo [...].

Y así, hasta que llegamos a Saltillo en otro tren, y en la góndola que nos íbamos a bajar, nadie conocía donde quedaba Saltillo y ya empezaron a preguntar [...]. Se para el tren y una señora que ahí venía ve el Cristo y dice “Aquí es Saltillo”.

Ahora me quedo mucho más tiempo aquí, mientras mi tía soluciona todo y ya hay mas posibilidad de que yo me vaya, así con más alivio[...]. De aquí a Houston uno tiene que caminar, dos o tres noches y en el día uno tiene que caminar, es bien peligroso, hay que tener cuidado con migración. Entonces mi tía lo que quiere es que me lleven hasta Carolina del Norte, entonces el viaje es más caro.

E: Pues a esperar entonces.